

con los trajines de sus faenas robustas y sabrosas, desde el arar al desperfollo en su tiempo otoñal, dando que hacer en el tiempo del gusano de la seda, trabajando en torno al embojo y desembojo, aspectos que nos evoca Juana Campillo atareada siempre y dispuesta a abrir los portones de las cuadras para oler a abono de bestia y gallina, o acomodarnos cerca de las pilas de lavar que encajan el brazal apagado de la acequia, con el patio de aguas muertas y las cañas liceras, recogidas, que forman monumento señero, de tanta calidad como forjadoras de la cultura huertana.

LA VOZ DE LA HUERTA

Todo en estas casas es encaje y voz del pasado, como la techumbre y el mobiliario, los espacios habitables que se desmelenan y dejan escondrijos en sus rinconadas de hastío; lo que significa que en su interior hubo vida, se enfilaban las ilusiones con los desencantos de la vejez y la muerte que todo lo finiquita. Porque vislumbrar aquellos espacios nos posibilita a la remem-

branza agilizando el tiempo en sus silencios ocultos, para remedar estelas de un tiempo de pasiones trenzadas en un trabajo arduo, el del huertano que había de abonar el rento a los dueños, como en este caso a doña Gracia Diez de Rivera y, Diez de Rivera, que moraba en Madrid y tornaba de vez en vez a esta tierra de sol y acequia, para los menesteres del cobro y agasajos de sus arrendatarios los Campillo.

Se desmenuza la tarde apagada y lucen los rosales en el carril que evoca a esta familia de viejos colonos, huertanos de pro que ahora traducen los ecos de su crónica en romances de luto, reteniendo la voz de sus familiares que supieron lidiar las horas. Las tuvieron dichosas y amargas como las de cualquier vecino, pero dejaron la gracia de su aroma en el vergel que se suma a la primavera de la flor de Mayo, en estos días donde los vecinos de Aljucer han dispuesto la cruz de la plaza en sus más vistosas galas de color y perfume.

(Continuará).

LA NIÑA QUE JUGABA CON CABALLOS

Alfonso Pacheco Navarro

Buscando en los rincones de la memoria, la mía y la de otros que me lo contaron, vengo hoy a recordar, como si la tapa de un olvidado arcón hubiese saltado por los aires violentamente, dejando desparramados en mi cabeza, retazos de vidas o maneras de vivir, algunas costumbres que quizá no llegasen a tradiciones pero que muchos siguieron como medio y forma de vida.

La gente de mi tierra, de esta tierra dulce y seca, áspera y amarga, bondadosa y noble, simple y soberana. La gente de mi tierra es sufrida y recia, apegada al terruño que cuida y ama, sacando de él su vida y alimento.

Por los secos campos deambulaban buhoneros que hacían las veces de recoveros, y recoveros que actuaban en esa imprecisa línea que separa estos dos oficios, en viejos y destartalados furgones, la mayoría residuos de la recién acabada guerra, que todavía estaba pasando factura y aún lo seguiría haciendo durante mucho tiempo, los furgones levantaban nubes de polvo a su paso y la carrocería, comúnmente de madera, trepidaba de tal forma que entre lo uno y lo otro su presencia era anunciada desde kilómetros. La llegada del recovery era un acontecimiento importante en la vida de estos seres rodeados de soledad y silencio.

La mujer del labrador ya lo esperaba, se había vestido con su ropa casi de fiesta, no la de domingo que era más seria, el vestido; falda larga a cuadritos negros y grises, blusa de manga larga, delantal gris a rayas finas y alpargatas negras, y en la cabeza, un pañolón negro cruzado en la nuca y anudado en la frente, justo donde arranca el pelo y un largo pico que caía graciosamente por la espalda. Como ama de casa previsora tenía preparado el pago, eso lo primero, y sabía muy bien de sus carencias y necesidades; hilo blanco para zurcir las camisas y otras prendas íntimas, hilo negro para apañar la ropa más usada, sal, lentejas, arroz, azafrán y algún capricho como caballa salada o bacalao seco, y cualquier otra necesidad que la parca y sencilla alimentación requería; después entrarían al trueque: unas alpargatas por una docena de fresquísimos huevos de gallina recién puestos al alba, entre los cantos anunciados de la ponedora, un conejo por unas tijeras o una gallina por una lata de atún, las sardinas de bota, o arenques, se vendían por unidades o docenas.

Y así todo, pero estos buhoneros, hileros, chatarreros, traperos, recoveros, etc. tenían un denominador común: llevaban en sus vehículos, bien fuesen camionetas, carros, acémilas, carretillas o carretones, esto ocurría en la ciudad, juguetes para los niños. Sí. Juguetes para los niños, hechos de barro cocido y pintados a mano de marrón, caballitos incluso con su silla de montar en azul, las pequeñas piezas heredaban reminiscencias de los bronceos ibéricos utilizados como exvotos para ofrenda a las divinidades del lugar. ¡Cuanto he jugado yo con ellos!

Para las niñas... para las niñas había unas preciosas muñecas del mismo material que los caballos, éstas pintadas de rosa, el pelo cortito, marrón oscuro, los ojos, preciosos, y sus labios de rubí apuntaban una dulce sonrisa; como único vestido, un lazo en el pelo. Yo desde que mis manos podían sujetar un caballito en una y en la otra una muñeca, estuve enamorado



"Muñeca de barro. La niña que jugaba con los caballos. Herencia de un exvoto ibérico. (Vitrinas de figuras de los oficios del hilero y del trapero en la Sala de Exposiciones de Cerámica del Museo Etnológico de la Huerta de Murcia).

de ella, me sentía jinete cabalgando al rescate de la doncella para...no sabía para qué. Un caballito costaba un par de viejos y usados alpargates y la doncella rosada... tres alpargates, por el otro, el que se quedaba impar, un pito de barro que llenándolo de agua imitaba el canto del jilguero, había habilidosos que lo conseguían. Yo, cansado de soplar, me bebía el agua.

Otra historia eran los traperos, recogían trapos viejos por calles y caminos, eran los auténticos parias del gremio ambulante, empujaban un enorme carrutón de una sola rueda y largas varas que doblaba la espalda del hombre o la mujer que lo empujaba; su trueque era dar platos, vasos de cristal, tazas y tazones y... ¡Cómo no! Caballitos y muñecas, pero estos solo de trapos iban.

Corrían aquellos años en que la guerra abrió surcos estériles en la gente, dejó hambre que se fue pagando a plazos de abstinenciaazonada de olvido y había que arañar la tierra duramente para sacar fruto al esfuerzo; el campo y la huerta siguieron su carrera de siglos y los hombres despertaron a la madrugada dormilona para ir a trabajar, y sintieron el rocío que mojaba sus pies, el viento en la cara y vieron a la noche correr huyendo del alba,

las mulas tiraban del arado templando los ijares, el arnés crujía, las colleras aguantaban, la vertedera trazaba goyescos surcos dibujando en la tierra el mejor cuadro donde florecerían las semillas de la vida.

Amigo mío: ¿sabe usted lo que es un arado de vertedera? O una reja, o una fragua, el yunque, la collera, la cincha, la retranca, el... No lo explicaré, no es el caso, venga al museo de la huerta, encontrará auténticas joyas que exhalan olor a sudor y campo, a esfuerzo, a trabajo. Detrás de cada pieza hay una vida o varias vidas, invisibles historias anónimas y silenciosas; mi abuela, las abuelas, llevaron sus herramientas, el telar, la cama donde nacieron sus hijos, el refajo de la madre, los zaragüelles de tela blanca amarilla de años y soles, y tantas y tantas cosas que llenaron las salas y la orilla de la "cieca mayor". Mientras tanto, la rueda giraba alegre y bullanguera llenando de agua cada rincón de la huerta.

Llegaba el medio día y la hora del almuerzo, la mies estaba en el bancal dorándose bajo el sol. A la sombra del olivo se sentaban, aparecía un mortero de barro cocido y esmaltado y sobre el ajo machacado, caía lentamente, gota a gota, aceite dorado y puro; poco tiempo después el ajo arriero estaba hecho; morcón, longaniza, y patatas cocidas para hacer "atasca burras" entre otros manjares más, servían de pitanza restauradora, no olvidemos un buen trozo de tocino de la matanza de invierno, el vino que no faltase, ni el cántaro o el botijo con agua de la cieca o aljibe, del corrental el primero, el segundo de la lluvia fresca.

El trillo, que colgaba en la pared del museo, mostrando los dientes trituradores, viejo, disecado, en silencio, me contaba de aquellos días de trilla corriendo sobre la parva de trigo, cebada o centeno, de sus galopes al viento arrastrado por caballos o mulas o burros... ¡Qué más da! Si él de alegría saltaba tras un año de quietud y soledad, y al final de la tarde, de un día abrasador y sin sosiego, reposaba junto a la era, contemplando el aventado de la parva,

cuando el grano jugueteaba en el viento antes de caer, dorado, al suelo. En llegando la noche la era quedaba en silencio, los labriegos, habían tendido una manta sobre la blanda paja y dormían profundamente, pero el trillo no dormía, miraba la noche clara de estrellas y luceros, retirado por las máquinas; tiene la suerte de estar en el museo, en la soledad del silencio, cuando los últimos pasos se han apagado en el suelo, charla con sus compañeros; la oz, la guadaña, la pala, el gobén, el costal, la horqueta, y tantos más ignorados. Los lebrillos y las fuentes adornadas con preciosos pájaros azules, se lanzan cortejos y requiebros, así como el zaragüel y la enagua suspiran al estar lejos, la cristalería transparente como siempre, ordenada como un ejército, es contemplada y piropeada por esos vulgares vasos para el vino recio, esos...los de culo gordo, los buenos. El horno de pan contempla a través del cristal de la ventana la misteriosa movida de los de adentro, y recuerda sus madrugadas de gloria en que cocía pan, ¿Sabe usted que ha llegado hasta aquí leyendo, cómo se hacía el pan en la huerta o en el campo que igual da? ¡No...! Acerque su oreja a la boca del horno y escuche... primero se barre el horno con una escoba hecha con ramas de los arbustos del lugar, introdúzcase una gavilla de leña seca de almendro, olivo, limonero etc., préndase con el yesquero o cerilla, y según se consume por el fuego se añade más, poco a poco al principio y más rápido al final, leña fina al principio y gruesa al final, y... en llegando al punto de fuego...¿Tampoco? ¡Amigo horno, cómo te van a mirar si no saben para que servías! En llegando al punto de fuego o cocción, o sea, cuando en la boca del horno el negro hollín que se ha formado por los resquicios de la puerta al escaparse el humo, se vuelve blanco, acto seguido se introduce el pan, se tapa la puerta, y el arte del panadero sacará el mejor pan que nadie pueda soñar. No me diga ahora que cómo se amasa la harina para hacer pan.

Una jarrita para agua, tallada delicada-



Las figuras representadas en este artículo son de la colección del propio autor de este trabajo. (26-04-09).

mente, me contó una mañana que por la noche sucedían cosas misteriosas, que últimamente escuchaba sonidos como de cascos de caballos y risas de mujer y que estaba muy preocupada. El cántaro de la leche me dijo lo mismo, y la cama de mi abuela Josefa lo corroboró. Comenté el asunto con el guarda del museo y no me hizo mucho caso aunque, cortésmente prestó gran atención a lo que le decía. Sentí que estaba deslizándose por una pista de hielo y decidí investigar por mi cuenta, tiempo después mis reiteradas visitas al museo comenzaron a llamar la atención, yo miraba y escudriñaba todos los rincones de manera insistente, levanté extrañas sospechas, arreglaron el sistema de alarma que en algunas zonas dejaba sin protección las piezas y lo mantenían conectado a horas de visita, sobre todo cuando aparecía yo. Un día descubrí en una vitrina en la que se exhibían piezas pequeñas y que siempre estaba cerrada con llave, que la puerta estaba abierta ligeramente o sea no encajaba del todo; llamé al guarda, que acudió arrastrando pies con desgana y canturreando La Marsellesa; le indiqué lo de la puerta y sin decir nada sacó un enorme manajo de llaves y comenzó a buscar la del armario; pareció interesarse, la llave no estaba, todo el personal del museo se puso en pié de guerra, hasta el señor Director consultó el manual en el Capítulo de “Cómo encontrar una llave, no inglesa, tipo cerra-

dura de alacena de principio del Siglo XX, procedente de Casa Solariega y Blasonada”. La verdad que la mencionada no apareció, pero el Director, único autorizado a abrir la puerta del armario, la abrió y pasando el dedo corazón de la mano derecha por la superficie de la leja dijo: “ Las limpiadoras no tienen la llave. Esto está lleno de polvo” y... sus palabras dejaron asombrados a todos los presentes y un aplauso contenido, casi salta al aire por la aguda perspicacia del Director. Las limpiadoras se sonrojaron reconociendo su fallo. Me quedé mirando la huella dejada por el dedo corazón de la mano derecha del Señor Director y me pareció ver junto a la marca algo así como las huellas de cascos de caballos. Mi corazón daba saltos y algo se subía a mi garganta, no dije nada, la búsqueda de la llave se llevó al personal a otros espacios dejándome solo en la estancia, y yo, como la puerta de la alacena estaba abierta... miré detenidamente y en efecto: allí había huellas de diminutos cascos de caballos extendiéndose por toda la tabla y además huellas de pisadas de piecitos descalzos. ¡Asombroso! Con sumo cuidado miré tras la jarra de siete picos de Lorca, el plato de Cartagena, la jarra de novia murciana, un par de vasos de culo gordo... pero cuando llegue a la fuente de orlas y cenefas que, pintado en su centro en bellísimos y afiligranados tonos azules lucía la figura de una extraña ave de largo plumaje, un pájaro quizá, procedente de Filipinas o de quien sabe dónde... escuché como un relincho tenue y delicado... miré despacio y con cuidado tras la fuente y lo que vi me dejó totalmente paralizado; dos caballitos de terracota con su silla de montar azul, corrían a trotecillo corto alrededor de un salero de cristal en forma de gallina clueca, perseguidos por una sonrosada niña descalza de sonriente mirada en sus bellísimos ojitos, vestida con un lazo en su pelo.

Mientras tanto, la llave se reía escondida en el bolsillo del chaleco de mi abuelo Alfonso que vestía gallardamente el maniquí del pasillo.